



LB

La Biblioteca

Ramón Jiménez Madrid



Hacia dentro

Anagrama publica 'El amigo del desierto', de Pablo d'Ors



PABLO
D'ORS
EL AMIGO
DEL
DESIERTO
ANAGRAMA

La mayor parte de los novelistas actuales, sea por la acción, por la aventura, la intriga o el ánimo de contar una historia de los tiempos remotos, tiende a escribir hacia fuera, a narrar sucesos externos que le pasan a los héroes de ficción que inventan o que han observado. Pero hay escritores como Pablo d'Ors que escriben hacia dentro, hacia la íntima espiritualidad, buscando con las menos palabras posibles llegar a

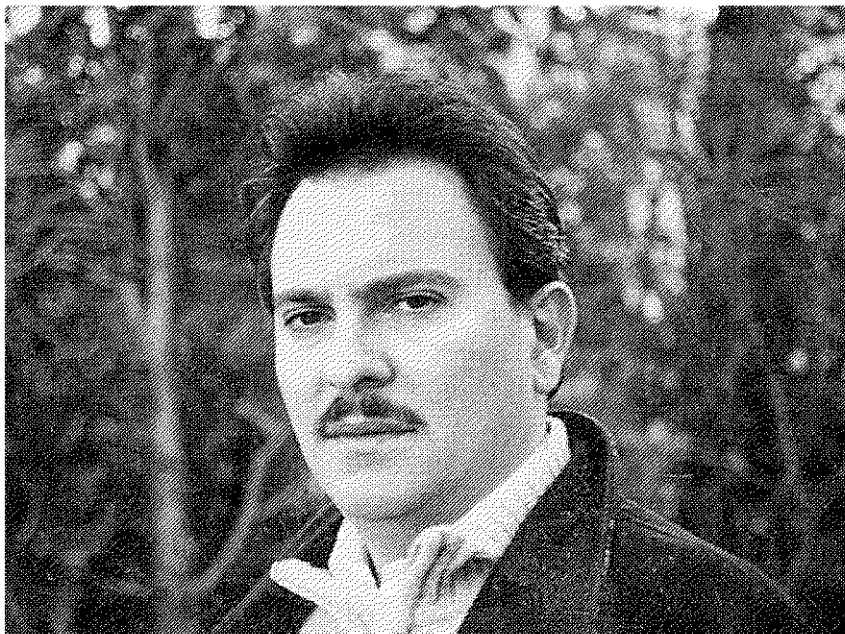
ginas, y no ocurre prácticamente nada salvo los viajes del personaje Pavel a Praga para acercarse a una extraña asociación llamada Amigos del Desierto. Y ello, sin apenas movimientos, le da para conocer a tres o cuatro personajes que se comportan de manera enigmática, sorprendente a veces, pero ninguno de ellos, pese a ser gentiles y amables las donas y propicios los hombres como el guía árabe, dan para mucho. Porque realmente no le interesa al narrador otra cosa que la interioridad misma de ese personaje que poco a poco se va desprendiendo de sus amigos —a los que acompaña en varios viajes a los desiertos tunecinos y saharianos— para acabar, como se presumía, acampando en su más radical soledad, solo él, junto a esas arenas por las que siente una especial atracción:

"Una tormenta en el desierto es cien veces más terrible que una en el mar.

Y es que la arena no sólo ciega y flagela el cuerpo, sino que recuerda al hombre —sea discretamente o violentamente— de dónde

viene y adónde debe volver. Tardé en entenderlo: la fascinación por la arena no es otra cosa que la fascinación por nuestros orígenes y, también, por aquello hacia lo que todos estamos abocados".

Y lógicamente el hombre, asentado gozosamente en su imán, reflexiona sobre la condición personal



y también sobre el medio aparentemente hostil que lo envuelve y rodea: "Es curioso observar cómo un mismo escenario puede provocar sensaciones tan contrapuestas en quien lo contempla en situaciones diversas" (p.75).

Un narrador en primera persona —que lo aproxima a las confesiones y a las memorias— que disfruta con los cambios que le ofrece un paisaje siempre renovado, como si se estuviera haciendo a cada momento en cada duna, en cada brazo de arena con ilustraciones y dibujos minimalistas que nos explican muy a las claras el tono severo y espiritual que se

apodera de toda la narración. Un ermitaño, el personaje, que se aparta del mundo laboral para regresar en diversas ocasiones y en tiempos distintos a la experiencia de otros eremitas y pensadores —algunos citados— que han vivido apasionantes aventuras internas, algunas de ellas místicas, siempre presentes en el ánimo de un escritor que nos recuerda en muchos momentos el tono de José Ángel Valente, la búsqueda de ese silencio místico que tanto merodea en la obra poética, también presente en esta obra de caracteres muy distantes a lo que reclama el público. Origen y hecho fun-

dacional: "Es curioso que sea en el país de los nómadas donde yo haya aprendido a ser sedentario... En la arena del desierto, tan igual a los ojos de quien no sabe mirarla, se esconden todos los países del mundo y todos los paisajes de la tierra". Un espacio en donde detecta la fuerza de lo espiritual y lo carnal, lo racional y lo sentimental, el mal y el bien, el impulso vital y el que conduce a la muerte y a la destrucción. Una obra de meditación y contemplación por alguien que ha debido experimentar en carne propia cuanto acontece en el interior de su personaje de ficción.

El autor escribe hacia la íntima espiritualidad, buscando con las menos palabras posibles llegar a lo más lejos

lo más lejos. Casi con palabras sagradas, como si se tratara de una religión el indagar en los mecanismos secretos del hombre en su más estricta soledad. Y nada mejor que el desierto sahariano para despertar esa inclinación radical del hombre consigo mismo. La verdad es que la novela no es larga, apenas un centenar de pá-